

## El hombre se calló y dijo

*El Farol*, 159. zk., 1955-08.

El hombre se paró.

Al borde del camino, quieto, resignado, parecía una planta fija en la tierra. O un pelele.

Se quitó despacio su sombrero de alas caídas. El sarmiento de su mano se perdió en la maraña de su pelambre para rascarse la cabeza.

– ¿Cojo pa' las Minas de Pao o pa' Sabaneta del Medio? –se preguntó.

Estaba de cara a los dos caminos, en la misma coyuntura de la horquilla. A sus pies yacía un saco agujereado y flaco, como desmoronado, pegado al polvo de la carretera. Así era también su ropa, o su desnudez. Los ojos grandes de alucinado abarcaron como una síntesis diferida todo el significado de esta trilogía simbólica del saco, el camino y sus plantas miserables de hombre pegado a su polvo. Después se volteó y se puso a escuchar un lejano ruido de motor. Venía por donde él había ya venido. Y por el oído le entro el "toc-toc-toc-toc" apagado de una máquina que llevaba su dirección.

El sol se escondía tras la arboleda del recodo incendiando las copas como teas. La sombra del árbol se iba haciendo enorme, y el gigante sin cuerpo cubría el monte y el pedazo de camino entre el recodo y la horquilla de caminos plegándose a sus resquicios y a sus dobleces, como agazapándose para arremeter contra el llano amplio y despejado, espléndido de luz, sin apenas sombras.

1

El motor se iba acercando como a saltos: "toc-toc-toc-toc".

El hombre tendría unos treinta años. Se le veía cansado, pero sólido. Su humanidad toda estaba ennoblecida en el hueco de su mirada triste, difusa, como si hubiese perdido su objeto. Ahora la descubría sin recelo ante los vegetales y el camino desierto, fija en la arboleda del recodo por donde iba a aparecer de un instante a otro el vehículo; pero de ordinario la escondía bajo las alas caídas de su sombrero negro, de un fieltro todo raído y pringoso que ajustaba en la cabeza hasta llegarle a la punta de la nariz.

– Debe ser un camión –se dijo.

El ruido de motor se venía encima y absorbía todo, paisaje, sombra, cielo, hasta formar un bosque denso de "¡toc-toc-toc-toc-toc!"..., en el que el hombre parado a la vera del camino se aturdió.

No hizo ningún gesto. Ni el camión se detuvo tampoco; dejó dos huellas y una nube de polvo que oscureció el cielo. El hombre quedó envuelto en tierra, sin parpadear siquiera. Después se volteó hacia el camión, escupió a un lado y se mantuvo quieto, armado de saco y palo, con un cómico aire marcial, siguiendo con los ojos grandes

abiertos como faros la nube de polvo que iba dejando el camión en su caminar de paso sin fin, de rueda.

– ¿Pa' dónde cogerá el camión? –se preguntó.

Cogió por la derecha, hacia Sabaneta del Medio. La nube de polvo fué haciéndose pequeña, pequeña, y quedó absorbida por el arrebol del llano.

"¡Toc-toc-toc-toc!"..., decía el motor débilmente, despidiéndose.

– Pues yo –contestó el hombre– cogeré pa' las Minas de Pao...

Abandonó la sombra y se incendió con el sol rojizo que encendía la sabana espaciosa, ancha como la vida, por donde sólo había dos caminos: uno para Sabaneta del Medio, donde fué el camión, y otro con destino a las Minas de Pao, donde se dirigía el hombre.

## 2

Era un paso cansino, desgarbado, éste del caminante.

– Por aquí había unos ranchitos regados a la derecha del camino –se dijo–. Pero puedo alcanzar el caserío y no tengo apuro por llegar.

Y continuó caminando, su saco a la espalda, levantando con sus plantas de pie-raíz minúsculas polvaredas sobre la piel desierta y árida del camino. Su palo marcaba pasos cortos de procesión, y así de solemne era la mirada del hombre, baja, apagada, perdida entre la maraña de pelos y la pringosa visera de su sombrero, hundido hasta las orejas.

La sombra del hombre, sombra de árbol herido o de pelele, era ya larga, inhumana. El la veía jugar en los huesos, en las hierbas espolvoreadas del borde del camino, en las piedras, a cada vaivén de torpe caminar de su cuerpo. El camino era larrrrrgo y dereeeecho, hasta el caserío.

– Está más allaaoooooota –se dijo.

El lo presentía al final de este tiro largo de tierra reseca, con grietas de sed. Ya lo había recorrido en invierno, una vez. Sus pies se hundían entonces en el fango como si sus plantas estuviesen ansiosas de quedarse prendidas en la tierra, en pleno camino, sin aún llegar. Y hacían: "plag-plag-plog"... succionando como ventosas. Después se le quedaron los pies helados y tuvo que encender un fuego en el camino. Recostado en un talud, bajo una mata, se durmió. Amaneció con los pies en las cenizas. Después consiguió un cafecito en el caserío, que ya debía estar cerca.

El sabía que ya estaba allí, al fondo, detrás de unos copeyes. La tierra temblaba toda, como embriagada de luz; el campo despedía como un vaho tenue, y se veía un blanco –rojizo enorme estallando contra el azul-azul– del cielo. El camino se veía como una raza larga, derecha de polvo ardiendo. Los moriches, a los lados del camino, parecían fogatas en una tierra sin fin. Y los pies seguían levantando pequeñas ampollas de polvo al camino aún caliente, como horno recién apagado. De bruces, delante, la larga sombra del hombre. Apenas se oía más que un silencio ancho, aplastado, mezclado aun como quebrar silencioso de hierbas y hojas secas rumoroso, y un despertar perezoso de "croak-croak" de ranas que dormían su siesta de calor a la orilla de los ya agostados charquitos del último aguacero.

– Si yo fuese Dios, haría un charquito a cada rana –se dijo.

El saco se balanceaba al compás de su paso tranco, abrazando la espalda sudorosa del hombre. Un pantalón viejo, dos alpargatas casi nuevas, una arepa y un mendrugo de pan seco habían encontrado ya su asiento, tibios de sol, hasta la próxima parada. Dos moscas brillantes de sol hundían golosamente sus trompas en la porquería del saco. Viajaban sobre la espalda del hombre, indiferentes a su destino.

Y se apagó el incendio. Como si alguien hubiese apagado la luz del mundo. El hombre se restregó los ojos y se volteó a tiempo de ver que el sol se escondía tras unos morichales en el horizonte. Las moscas alzaron vuelo, quién sabe para dónde. El hombre se sintió más solo que nunca en el camino.

– Ahí está el caserío –se dijo con esperanza.

Y estaba allí, en la ladera derecha de una colina que bordeaba el camino. Era raro, pero la luz no le había dejado ver lo que veía ahora bien claro, entre sombras frías. Y el paso se hizo trote, un trote corto de hombre contento.

"¡Au, au, au, au!"...

El hombre se detuvo. Sintió un calofrío que le atravesó la columna. Fué un pinchazo largo, como un hilo. La mirada de esperanza se le quebró en un gesto hostil.

– Yo podría encender un fuego aquí mismo para pasar la noche –se dijo cabizbajo, mientras reanudaba su paso de procesión.

Habían nacido en nada unos débiles puntos de luz en el caserío. Había un bombillo alumbrando el borde mismo del camino, frente a la única casa pegada al de la ladea. Se calló el perro. Y el croar de ranas creció, creció, hasta llenarlo todo.

– No –se dijo el hombre hablando para alguien que era él mismo–; tengo hambre y apenas me queda una arepa y un trozo de pan seco. Acaso consiga en el caserío un trozo de queso y una sopa...

Y miró francamente, valientemente, a la casa del camino.

– De aquí al caserío habrá como un cuarto de legua –se dijo–. ¿Cuántos pasos será una legua?...

Y siguió cavilando en lo bueno que sería ahora una sopita caliente y un rincón donde pasar la noche...

– Uno, dos, tres, cuatro... ¡diez!... ¡Quién supiera contar hasta mil!

Y salió la luna. Blanca, brillante. Lo transformó todo. Pintó las sombras de blanco, y el caserío dió un salto adelante, como si alguien hubiese acertado el camino.

– Pa' atrás no voy... –se dijo con rabia. Y reinició su marcha, con paso más corto, pero más resuelto.

"¡Au, au, au, au!"...

¡¡Maldito perro!!...

### 3

No salía el perro. Estaría atado. Por eso seguía ladrando como un condenado, porque no podía morder en su carne dura de pobre hambriento de caminos. ¡A veces las cadenas sirven para algo útil!

El caserío quedaba a la derecha del camino. Había una primera casa en el borde mismo, sola, y unas cuantas reunidas en torno a una iglesia, un poco más arriba. Ahora sólo se divisaban unas motitas de luz escalonadas sobre los techos rojos de tejas y unas sombras sobre pequeños pedazos de pared blancos de cal y luna. Y la cruz del campanario, contra el techo enlunado, blanco, del cielo.

El camino se perdía en la oscuridad. Sólo el bombillo prendido bajo el alero de la casa del camino alumbraba un círculo, como la pista de un circo. Frente a la puerta brillaban unas gotas y el pocito de una alcantarilla de aguas negras. Del pedazo alumbrado de camino salía un sendero de piedras que se adivinaba derecho a la iglesia.

El hombre lo observaba todo a distancia, sin pararse, marchando con paso precavido, corto, con la angustia de los ladridos mordeándole el corazón.

"¡Au, au, auu, au, auuuuuu!... ¡Au, au!"...

– Ese perro –se dijo– está encadenado.

Sentía un sudor frío en la espalda, donde iba pegado el saco, y avanzaba receloso dentro de un bosque de ladridos feroces empuñando su palo con la mano crispada de angustia.

– ¡Si sale, lo mato!... –y apretó los dientes.

"¡Au, au, au!"...

Hubiera podido detenerse aquí para pasar la noche. Pero allaota había también un ranchito abandonado, y allí podía comerse su arepa y su pan y echarse a descansar. Estaba cansaaaaado el hombre; las piernas se le doblaban, el corazón estaba flojo... A medida que se acercaba a la casa del hombre-hermano iba perdiendo esperanza de hallar hogar para su fatiga.

"¡Au, au, au!"... "¡Au, auuuu!"...

Al llegar a la altura de la casa había puesto allí dentro, en su cabezota, el estímulo de la meta del rancho abandonado donde descansar. El corazón le daba brincos. Si mirar, llenos los oídos de ladridos, adivinó el movimiento quieto de una contraventana.

"¡¡Au, au, auuuu!!... ¡Au, auuuuu!"...

El hombre apresuró instintivamente su paso furtivo. Iba acosado por los ladridos que rebotaban en todas partes y llegaban rotos, tropezando fantásticos, a sus orejas, que se le antojaban grandes mamparas colocadas allí para recoger todo el ruido y meterlo en sus pobres oídos doloridos como por un embudo caliente.

Y asomó a la puerta una mujer. Era pequeña, gruesa, con un delantal rojo sobre su enorme barriga de preñada. Debajo mismo de la luz del alero, parecía una enorme bola roja sostenida por dos palitos delgados, con unas greñas incendiadas encima. El hombre vió cómo a la bola roja le salían dos brazos cortos y se le escapaba un grito: "¡Ayyy!"...

La "y" cortó el bosque de ladridos como una guadaña, y se hizo un pozo de silencio oscuro. Al hombre se le abrió un enorme hueco dentro. Vió a la mujer agarrarse a algo en la puerta. Iba a caer sobre la boca de la alcantarilla de aguas sucias. Dejó caer el saco en la mitad del circo de luz, y corrió, corrió, hecho un ovillo de angustia, a socorrerla.

– ¡¡Un ladrón, un ladrón!!...

El grito salió de la boca de la mujer. El hombre se quedó paralizado de terror-miedo frente a sus ojos de susto, sus dientes apretados, sus senos enormes colgando sobre la

bola roja del vientre. Miró en derredor suyo y no vió a nadie más. Sólo el perro volvía a aullar como un lobo, en un solo y largo ladrido terrible.

– ¿Qué pasa, Rosario?...

El perro se calló. La voz del otro hombre se le vino encima como un alud de ruidos que venían brincando desde arriba, desde el caserío, como piedras enormes, más grandes que casas.

La mujer, como si sólo hubiese esperado que le llamasen, se desmoronó a sus pies. Entonces el hombre del camino corrió. No mucho, pero corrió. Flojo, como hecho de aire, con el corazón brincándole entre cuatro paredes, haciendo:

"Cloan-clan. cloan-clan"...

– ¡Un ladrón, un ladrón!...

Una voz, dos voces... bajando del sendero que conducía a la iglesia... "¡El ladrón soy yo!"...

– ¡Un ladrón, un ladrón!...

Cuatro voces, cinco machetes, seis machetes, siete machetes...

Corría, corría, flojo, como aire. "Aquí está el saco... y el palo"... Corría, corría... "Aquí mismo están, aquí cerquita"... "Ocho machetes, nueve machetes, diez machetes"... Y otra vez: "un machete, dos machetes"... Y todos, uno a uno, se le iban clavando en el corazón de aire que hacía:

"¡Cloan-clan, cloan-clan!"...

Y lo cercaron. El hombre estaba rodeado de hombres, en el centro del circo. Rodeado de hombres y muchachos armados de machetes y palos. Parecían gigantes a contraluz. Entonces el hombre perdió el control de lo elemental y sintió que le corría la orina caliente por las piernas, hasta los pies. Las manos se le volvieron raíz, y sintió las sombras de aquella gente en cada poro de su piel de tierra. Se le puso un hielito fino, quemante, en la garganta, y sintió los ojos secos, retortijados, como chicharrón. No oía nada más que el respirar sediento de hombres que corrían a saciar su sed de venganza, de un batallón, de una tropa enorme que le perseguía a él... Se fué haciendo instintivamente para atrás, lentamente, pasito corto, cortitico, sin ruido. Ahora sentía las piernas húmedas, frías, heladas... Y el silencio iba creciendo, creciendo, y le zumbaba en el oído igual que una detonación laarrga que se hubiese producido dentro de él. Ya se había callado el perro... ¿qué perro?!... ¡Pero si había tres faroles alumbrando el bosque de piernas que le rodeaba!... La luz blanca del bosque subía después arriba y dibujaba facciones largas, sombras negras gigantes, y encendía ojos, ojos; veinte, treinta, cuarenta ojos. Y las piernas se acercaban, poco a poquito, Y él para atrás; despacito, pasito corto cortitico... sintiendo en cada puntico de su cuerpo el odio que respiraba la gente que tenía detrás...

"¡Y el perro!... ¿qué perro?... ¡cloan-clan... cloan-clan... cloan-clan!..." Los ojos como chicharrón, las manos como raíces... "¡Un ladrón, un ladrón!... ¡Au, au, auu!... ¡Qué silencio, qué silencio!... ¿Qué pasa, Rosario?"...

"¡¡Ayyy!!"...

El hombre tropezó con algo detrás, y dió un grito terrible, animal. Acosado, roto, se lanzó contra el grupo como un ariete. Sintió un dolor fuerte en la sien, otro en la espalda, que hizo un ruido como si hubiese caído un plato lleno de moneditas de plata

en una iglesia, un eco metálico y largo, con rueda que rueda de monedas en todas direcciones. Lo sintió distintamente, como el cercado siente la llamada de la policía en la puerta de tambor de un cuarto sin salida. Se dió cuenta que estaba pegado al camino, porque le entró un puñado de su polvo en la boca. Lo escupió. Después fué una lluvia de golpes y un griterío enorme, que fué apagándose poco a poco, como si la cosa no fuese con él y viniese de lejos, de algún otro lugar de la tierra, o el infierno...

## 4

Cuando despertó, parecía de día y hacía calor. Le dolía todo el cuerpo, como si fuese una llaga enorme. Sentía las pulsaciones como golpes de tambor en la cabeza. Trató de recordar, pero no pudo. No sabía si estaba guindando de un árbol, enterrado o parado de cabeza. Por un momento tuvo la sensación de que le arrastraban por un camino largo, de muchos baches y muchas piedras. Poco a poco se fué concretando la luz a unos puntos. Vió dos faroles a la altura de sus ojos. "¿dónde se habría ido el otro farol?". Detrás, un grupo de piernas de mujer, de piernas de hombre, piernas de muchacho. Y un poco más arriba, un rumor:

– Ya se levanta, se va a parar... ¡Andele!... ¡Este es, éste es!...

Mirados desde abajo, desde el polvo del camino, se le antojaban gigantes, como dioses, silueteados por la luz blanca contra el fondo oscuro del cielo, que parecía negro mirado desde aquel fondo de pozo donde se encontraba él.

– ¡Este es, éste es!...

Era un muchacho apenas, casi un niño. Lo reconoció por su voz de grito verde, lleno de miedo y de odio. Aunque parecía un gigante, como los demás. El muchachito le dió entonces un golpe con la punta de su pie, que no le dolió, y le escupió con sus ojos brillantes de rencor y de miedo, que sí le hicieron daño.

¿Cuánto tiempo haría que estaba allí? Lo mismo podía ser un minuto, que diez, como podían ser cien, mil años... ¿Qué ocurriría a un hombre que despertase después de cien años de sueño, o de mil? Acaso diría que había dormido mal porque le cayó pesado un sancocho o un queso fresco que se comió la víspera... ¿Qué víspera?... Acaso despertamos después de muertos. En otro mundo, o en éste, dentro de miles y miles de años. Y diremos que ayer... O no nos acordaremos... Y otra vez...

– ¡Llévenlo pa' la cueva!...

"Pa' la cueva"... El hombre se preguntó por qué le irían a meter en una cueva... Allí estaban el jefe civil, el juez, el cura... Los oía mentar en la conversación...

– ¡Llévenlo pa' la cueva, ¡ua!; mañana veremos...

El hombre del camino buscaba la razón de su culpa mirándose a sí mismo desde sus ojos inyectados en sangre. Tendido sobre el polvo del camino, miró su pobre ropa, o su desnudez mugrienta, llena de polvo, las manos sucias de tierra... Y con ellas, palpando, buscó su saco. Alguien se lo lanzó a la cara de un puntapié. El palo ya no estaba allí... ¿Por qué toda aquella saña contra él?... ¿Sería porque iba sucio?... ¿O porque no tenía casa?... ¿O porque andaba caminando de noche?...

– ¡¡Vamos, eche p'alante!!

Le hicieron pararse a puntapiés. Le pusieron el saco agujereado encima. Y volvió a buscar su palo otra vez... Era como un pedazo de su cuerpo...

– ¡No necesitas ningún palo, ladrón!... –le gritó uno detrás, y le empujó.

La pequeña procesión, alumbrada con dos faroles, pasó junto al desagüe de aguas sucias y tomó el sendero que conducía a la iglesia. El hombre cayó tres veces.

## 5

Se sintió caer sobre piedra, en un lugar estrecho, donde no podía alargar las piernas. El cajón de piedra era frío y negro. El hombre palpó en la oscuridad la piel babosa de su encierro.

– Esta debe ser "la cueva" –se dijo.

Sólo oía su respirar corto, dolorido, que rebotaba cerca, como si fuese de otro. Y su corazón, que ya estaba más tranquilo, hacía de nuevo: "tac-toc, tac-toc, tac-toc"... Tenía el cuerpo tan roto, que no lo sentía. Sólo percibía un dolor vivo en un hueco del alma, que seguía despierta.

Una rata se acercó hasta él. La sintió moviéndose inquieta debajo de su brazo. Buscó la entrada del saco, pasó por debajo del cogote del hombre, despacito, sin prisa, y mordió golosamente en la arepa. El hombre le dejó hacer. Hasta sintió un cosquilleo feliz en algún lugar de su alma maltrecha. De aquellos ojos secos se escaparon dos lágrimas calientes, como gotas de una vela encendida a Dios. Y con la rata royendo dentro del saco que tenía de cabecera, se durmió.

El hombre que se había hecho viejo en un día tuvo su sueño de niño. El hombre niño soñó que le conducían a una mesa espléndida, servida por ratas muy corteses, que le obsequiaban con arepas calientes, un sancocho de gallina humeante y gran cantidad de frutas y bebidas. A él le hicieron hablar como si fuese un gran personaje. Las ratas le interrumpían de vez en cuando con aplausos que sonaban como ladridos, pero dulces como caricias. De vez en cuando se comía un bocado y se echaba un trago; unas veces era de ron, otras de cocuy ardiendo sabroso, otras de cerveza fría, fría, como el agua del río bien de madrugada...

– ¡Andele, hombre, pa' fuera, échele pa' fuera!...

La enorme mole que llenaba el quicio de la puerta de hierro le dió un puntapié en la rodilla, que tenía doblada, rígida como una bisagra enmohecida. El hombre se quiso parar, pero no pudo. El corazón le hacía otra vez: "cloon-clan, cloon-clan". Estaba bebiéndose aquella cerveza fría cuando perdió a sus amigas las ratas y le enfrentaban a su enemigo, el hombre.

Era gordo, redondo, como un cochino; con unos ojos de candil saltones y rojos, los carrillos hinchados como dos globos de a medio, la boca vacía y negra, la barriga enorme enmorcillada en dos por el cinto de mecate aguantando unos pantalones de media pierna a medio reventar.

– ¿Qué? –se atrevió el hombre.

– ¡Que se me vaya empujando pa' fuera!... ¡Soy la artoridá!... ¡Que este calabozo no es el cuarto de un hotel...

- Y ¿pa' dónde me sacan?...
- Eso no es cosa mía... Busté se va pa' donde le da la gana...
- ¿Me sueltan, me puedo ir?...
- ¡Sí, hombre, sálgase pa' la calle, o le meto un bergazo!...
- Este... ¿Y por qué me pusieron preso, pues?...
- En el pueblo creían que busté se había robao las gallinas de doña Leonor...
- ¡Ohh!...
- ... pero lo agarramos anoche. Era el mocho de la Encarnación, un bicho feo que lo van a empujar pa' Ciudad Bolívar...
- ¡¡Eche pa' lante, aproveche -le pegó una coz-, o lo encierro otra vez!!
- Y el hombre se calló.